

Cuentos de los hombres del monte.

Julio Loras

1. Buscando maquis

Este cuento es eso, un cuento. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. O así debería ser.

El tío Custodio *Santismo* no era un abuelo cualquiera. Era un viejo delgado, fibroso y decidido, con las facciones como esculpidas a hachazos. Iba vestido con una blusa negra y unos pantalones de pana del mismo color y tocado con un sombrero oscuro de Tronchón. Pasaba de los setenta años, pero aparentaba menos y no se echaba para atrás a la hora de manejar la *segur* o la *dalla*. Era un hombre con mucho sentido del humor y, aunque no sabía leer ni escribir, tenía gran facilidad para improvisar versos, hasta el punto que muchos creían que los versos eran su forma normal de hablar. Por eso los mozos acudían a él cuando querían rondar a alguna moza.

Estaba casado con la tía Petronila, hija de un pastor del que heredaron un hatajo de ciento cincuenta ovejas, con el que iban a *extremar* a la Plana. El tío *Santismo* y la tía Petronila tuvieron tres hijas y un hijo. Quería mucho a las hijas, a las que llamaba *mis tres palomicas*, pero estaba reñido con el hijo, a quien la gente llamaba Juan Nazareno porque se cortaba poco el pelo y se afeitaba menos. Este Nazareno era bastante necio y muy mal intencionado. Siempre intentaba embrollar a los demás, pero como era poco listo, le solía salir el tiro por la culata. El tío *Santismo* decía de él:

Ninguno como mi chico
Juan Nazareno *Bobina*.
Tiene *mu* poco saber
y le sobra mala *inclina*.

El Nazareno, que también era pastor, tenía un perro muy flaco, por el hambre que le hacía pasar su dueño, con la consecuencia de que por las noches el perro atacaba a los corderos. Cuando aún se hablaba con su padre, Juan, que estaba enemistado con otro pastor, le dijo una vez: "Ojalá se les cayeran los *higados* a todas las ovejas de Fulano". A lo que el tío *Santismo* respondió: "Rediós, Juan, qué gordo *te se* haría el perro."

El tío *Santismo* se burlaba hasta de su sombra. Una vez hablaba con un labrador a quien se le había escapado el macho y no lo encontraba. El labrador le dijo: "No hay manera de *encontralo*, pero todos me dicen que por *ay* estará", a lo que el viejo respondió: "Pues la cosa es fácil, *nomás* tienes que *buscalo* por *ay*."

Un día que amenazaba tormenta, pasaba por delante de casa del tío Ignacio, un hombre de muy buena fe, que estaba haciendo una pila de tejas para arreglar el tejado. El tío *Santismo* se paró y le dijo: "Hombre, Ignacio, ¿cómo es que dejas las tejas al raso con el tiempo que hace?" El tío Ignacio se quedó perplejo y se dispuso a meter las tejas en la entrada. Cuando el tío *Santismo* ya se había alejado, paró, se dio un golpe en la frente y exclamó: "¡Este *Santismo*, siempre enredando! ¡Si las tejas en los *tejaus* siempre están al raso!"

Una tarde, mientras *soltaba*, el tío *Santismo* se encontró con otro pastor y le pidió tabaco. El otro le pasó la petaca. Entonces, el tío *Santismo* le preguntó si llevaba papel. El pastor le dio una hojilla. El tío *Santismo* se lió el cigarro y le pidió una cerilla. El otro se la dio. El tío *Santismo* encendió el cigarro, echó una fuerte calada, la saboreó y dijo:

A los fumadores siempre algo nos falta.
Cuando no dejamos la petaca en casa,
teniendo tabaco, nos falta el librito.
Llevando de todo, nos faltan los *mistos*.

Había en el pueblo, en los años veinte, un estudiante hijo de un labrador muy rico. Este estudiante era más aficionado a los juegos de fuerza que al estudio. En el tiro de barra y el tirar al palo no había en el pueblo ni en los de alrededor nadie que le ganase. Pedro el Estudiante, como lo llamaban, los días de las vacaciones solía ir a la taberna del tío Balfagón vestido con un traje muy elegante, con pajarita y canotier. Estando allí un día el Estudiante, el tío *Santismo*, que entonces tendría entre cuarenta y cincuenta años, y dos o tres hombres más, había a la entrada de la taberna unas enormes talegas de trigo. Llegaron dos masoveros, uno de los cuales, al ver al Estudiante, le dijo al otro, alzando la voz para que lo oyeran todos:

-*Bonicas* talegas *pa* un señorito.

-¡*Ñeta!* Eso lo *dirís* por mí –dijo el Estudiante.

Y se quitó la chaqueta y el canotier, acercándose a las talegas. Mordió la boca de la de más arriba y, cogida con los dientes, la paseó por toda la taberna, volviéndola a su sitio de la misma manera, dejando a los masoveros corridos. Aquí intervino el tío *Santismo*:

Dos masoveros *mu* pinchos
decían en la taberna:
"Pa *cargala* un señorito,
bonica es esa talega."

El Estudiante los *siente*:
"Lo *dirís* por mí, puñeta."
La paseó con los dientes.
¡Bien que les mojó la oreja!

Un día, el tío *Santismo* hablaba en la taberna de su vida cuando era chico y de que, como sus padres eran masoveros bien situados, lo habían hecho comulgar vestido con calzón y sombrero. Les decía que los otros chicos se le burlaban:

Todos los muchachos me hacían la tonta,
que si el calzón, que si el sombrero y la hostia.
Saqué una *navajucha*, cogí un par de *bolos*
y, rediós, qué pronto me dejaron solo.

Por San Juan, los quintos plantaban el mayo en la plaza. Robaban el pino más grande que podían, lo *batían*, lo pelaban y lo arrastraban hasta la plaza, en medio de la cual lo plantaban, dejando sin pelar la capota, en la que ponían una bandera. Ese pino lo vendían y con lo que sacaban del mayo y de pasar la capa en los toros se pagaban una buena merienda. En el año 45, el día de plantar el mayo, el tío *Santismo* había ido a abrevar el macho, que era bastante guito, y volvía montado a casa. Cuando pasaba por la plaza, los quintos estaban en plena juerga, cantando y gritando. El macho, con este jaleo, se *esbarró* y dio unas cuantas corcovas, con lo que el tío *Santismo* se dio una costalada tremenda. Se hizo de súbito el silencio y todos acudieron a socorrerlo. Pero el tío *Santismo* se levantó con alguna dificultad, por el golpe que había recibido, se encasquetó el sombrero y dijo:

Rediós, menudo trompazo,
vaya golpe, vaya torta.
Qué peligro tiene el macho.
Si es un viejo, lo *espentola*.

Oyendo lo cual, los quintos y toda la gente que había en la plaza se pusieron a reír a carcajadas y lo convidaron a echar unos tragos de la bota.

El tío *Santismo* no era entusiasta de la política, ni se significó nunca políticamente, aunque era de izquierdas. En la campaña de febrero del 36, las izquierdas del pueblo le pidieron que les compusiera unas jotas con las que hacer la ronda electoral. El hombre accedió y les compuso unas cuantas, de las que la más celebrada fue una que decía:

Anda diciendo Gil Robles
que volverán a ganar.
Rezarán muchos rosarios,
pero allá se las verán.

Sería en el 45 o en el 46, en pleno furor nacionalcatólico. Una imagen de la Virgen de Fátima fue llevada de pueblo en pueblo con gran acompañamiento de frailes, curas y guardias civiles. En cada pueblo, la gente, de grado o por fuerza, le hacía donativos valiosos: anillos, pendientes, cadenas de oro y de plata, duros amadeos, labores de hilo... El tío *Santismo* compuso su propia versión del himno de esa virgen:

La Virgen de Fátima
viene en procesión
por todos los pueblos
llenando el zurrón.

A pesar de los tiempos que corrían, el himno del tío *Santismo* se hizo popular, incluso entre las gentes más beatas, a quienes podía más el dolor por los donativos que el fervor mariano.

* * * *

El 28 de julio de 1947, Franco nombró al general Pizarro gobernador civil y jefe del Movimiento de Teruel, así como jefe de la V Región de la Guardia Civil. El motivo de este nombramiento era acabar con los *bandoleros*, a quienes todo el mundo llamaba maquis, de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, de hecho la única formación guerrillera potente después de que ese mismo general hubiese acabado con las de León y Granada.

El general Pizarro, que se jactaba de llamar "Paco" al *Generalísimo*, se tomó el encargo como una cuestión, más que profesional, personal. Aparte de eso, en la campaña contra los *forajidos*, como él los llamaba, practicó tácticas que pronto fueron también utilizadas por los militares franceses y norteamericanos en Indochina, contra el Vietcong: quema de cosechas y de montes a falta de defoliantes, palizas y torturas, ley de fugas y, sobre todo, *quitarle el agua al pez*. Esto último fue lo que llevó a la gente de cierta edad de nuestros pueblos a bautizar el año 47 como el *Año de la Evacuación*, ya que los masoveros fueron obligados a dormir en los pueblos y pedir cada día las llaves de las masadas que tenían que dejar en los cuarteles, para poder ir a trabajar.

Los guardias hacían batidas masivas para cercar a los *bandoleros* y acabar con ellos. En una de las primeras se vio involucrado el tío *Santismo* al final del verano de aquel año.

Sería el 25 de agosto al atardecer cuando llegaron al pueblo el camión del tío *Federo* Balfagón y un camión de Cantavieja cargados con una cuarentena de guardias en las cajas y un sargento y un teniente bastante joven en las cabinas. Bajaron los guardias de los camiones y el teniente le dijo al tío *Federo* que los acompañase a casa del alcalde. El alcalde, *Grabiél* el Zaino, bajó a la calle y ofreció sus respetos al teniente, que le dijo que necesitaba sitio para dormir él y sus guardias. Al Zaino le entraron bascas, porque no sabía dónde podía poner a dormir a tanto

guardia. Para ganar tiempo, hizo llamar a Virgilio, el *aguacil*. Cuando llegó éste, el teniente repitió la petición y el Zaino, sintiéndose un poco más acompañado, empezó a murmurar:

-Muy bonito, el mandar. Muy bonito, el mandar. Y ¿cómo encuentro yo casas para tantos guardias?

El teniente, que lo oyó y que se jactaba de tener un gran espíritu militar, lo interrumpió diciendo:

-¿Casas? ¿Qué casas? Esto son guardias civiles, no señoritas. Cualquier pajar sirve -cosa que, por cierto, hizo muy poca gracia a los *números*-.

Oyendo esto, al alcalde se le iluminó la cara, diciendo inmediatamente:

-¡Pues ya está, Virgilio! Treinta dormirán en mi *teñada* y los otros diez en la tuya.

Virgilio, que era muy pobre y no tenía más que una burra y la paja justa para ella, saltó:

-Pero la burra aborrecerá la paja y no tengo más.

-Nada, Virgilio. ¡Te lo ordeno y te lo mando, que para eso soy el alcalde y el jefe del Movimiento!

El pobre *aguacil* agachó la cabeza y se fue con los diez guardias que le tocaron, *remostroneando*:

-*Mu bonico*, el mandar. *Mu bonico*, el mandar. Mañana, si quieres, a matar la burra.

Antes de acompañar a su *teñada* a los guardias correspondientes, el Zaino les dijo al teniente y al sargento:

-Ustedes cenarán y dormirán en mi casa. Aunque es modesta y no es lo que ustedes se merecen -*y era uno de los hombres más ricos del pueblo*-, tengo que pedirles humildemente que me hagan el honor de aceptar la invitación que les hago de todo corazón en agradecimiento a la impagable labor que están haciendo por la Patria.

El Zaino, en ese momento, era sincero y la parrafada le había salido del alma. Mucha gente en el pueblo dudaba que tuviera alma, pero no les hubiese extrañado su lenguaje si lo hubiesen oído, ya que se le tenía por un hombre muy leído. Pero había algo más. A *Grabiel* el Zaino le *gustaba tanto la carne como el pescado*, siendo el terror de las mozas, pero también de los mozos, y le habían hecho efecto la guapura y la juventud del teniente.

El Zaino introdujo en su casa a los dos guardias y le dijo a su hermana que se quedarían a cenar y a dormir y que preparase una cena digna de tales autoridades. El teniente le dijo que para el día siguiente necesitaba un hombre que conociera bien los andurriales de la comarca. *Grabiel* le dijo que tendrían a la persona más indicada: el tío *Santismo*.

-Está bien -dijo el teniente-. Acompáñenos a casa de ese hombre.

-No hace falta que se molesten. Ahora mismo-dijo *Grabiel*- mando a mi criadita a buscarlo.

Así lo hizo. Al rato se presentó el tío *Santismo* con su sombrero de Tronchón. Al instante, el Zaino le gritó:

-¡Quítese el sombrero, so animal! ¿No ve que está ante altas autoridades? –y dirigiéndose a los guardias, dijo- . A veces no sé para qué nos sacrificamos por estos patanes que no saben lo que es autoridad ni jerarquía.

El tío *Santismo* se quitó cachazudamente y con algo de sorna el sombrero y dijo:

-Buenas noches, señores guardias. ¿Pa qué me han *mandau* buscar?

El teniente le explicó que necesitaban un guía para la batida que se iba a hacer al día siguiente, que el Zaino le había dicho que él era *idóneo* para eso y que estuviera listo antes de la salida del sol.

Al tío *Santismo* se le ocurrieron unos versos con la palabra *idonio* y la frase *la carabina de Ambrosio*, pero como no era tonto, no los dijo y se limitó a asentir y a pedir permiso para marcharse. El teniente le dijo que podía irse y el hombre se volvió a su casa.

Mientras el teniente, el sargento y el Zaino esperaban la cena, dieron cuenta de algunos embutidos, cecina y jamón que regaron con vermú. El Zaino les amenizó la espera declamándoles fragmentos del gran discurso que hizo al pueblo cuando fue nombrado alcalde. Un discurso en el que aparecían decenas de veces la palabra *vejaciones*, que tuvo gran impacto en la audiencia en su momento, refiriéndose a las maldades que habían hecho las *hordas rojas* en el pueblo, y la frase *ya veis cuánta clemencia*, en referencia al comportamiento de los vencedores. Por cierto, que cuando el Zaino pronunció ese discurso, la cárcel del pueblo estaba llena a reventar de *rojos*. Mientras declamaba, el Zaino se encendía, ahuecaba la voz, subía y bajaba el tono, gesticulaba enfáticamente. Se notaba que estaba orgulloso de ese discurso. Pero cortó al darse cuenta de que el tenientito no parecía impresionarse demasiado.

Cuando la cena estuvo lista, se sentaron a la mesa los dos guardias, el alcalde y su hermana. Cenaron un arroz con pichones y *ardas* que habían cazado los medieros del Zaino. De postre, tomaron frutas confitadas. Se bebió Rioja, se tomó café que no era de racionamiento y varias copas de Napoleón y se fumaron buenos habanos.

Aunque el Zaino hubiese deseado una sobremesa larga, a poder ser a solas con el teniente, éste quiso irse pronto a dormir y mandó al sargento, que también hubiese deseado alargar la velada, que hiciese lo mismo:

-Romerales –dijo el teniente al sargento-, a dormir. Mañana hay que madrugar y la jornada será dura.

Y los dos se fueron a las habitaciones que les había preparado la hermana de *Grabiél*.

Al otro día, sobre las cinco y media de la mañana, el tío *Santismo* estaba a la puerta de casa del Zaino, con su mochila, en la que llevaba medio pan relleno de *tajadicas*, una bota de vino al hombro y la zurriaga en la mano. Al poco, bajaron el teniente y el sargento y éste se fue a las *teñadas* a buscar a los guardias, a los cuales hizo formar, contó y mandó poner firmes. En seguida llegaron, marcando el paso cómicamente, diez somatenistas mandados por Paco de Motorrita, que los hizo formar al lado de los guardias, después de lo cual Paco y el sargento dieron *novedades* al teniente, que les mandó ponerse en marcha.

Con Romerales y el tío *Santismo* uno a cada lado, el teniente dirigió la tropa hacia Mercadales. El teniente explicó al tío *Santismo* que iban a hacer una batida, coordinada con otras unidades de guardias que salían al mismo tiempo de Villarroya, Aliaga, Ejulve, Villarluengo, Cantavieja y La Cañada, para cercar a los *bandoleros* en el cañón que forman la Peña Rubia y la Peña de la Virgen encima de la central eléctrica de Pitarque y que tenía que guiarlos hacia ese lugar.

-Si *usté* lo dice... –dijo el tío Santismo, con algo de sorna que no captó el teniente, porque sabía, como sabía todo el mundo, que los maquis se movían por esa zona, pero tenían los campamentos en dirección opuesta, hacia el sur-. Lo que *usté* mande. Yo los llevo a la parte de la Peña Rubia, hago mi *faina* y ustedes hacen la suya.

Nada más llegar a Malburgo, el teniente hizo desplegar perpendicularmente a la dirección en que se movían a sus guardias y a los somatenistas, con las armas terciadas, y desenfundó la pistola. Los guardias y los somatenistas se movían con mucha precaución, por decirlo de alguna manera, no en vano aquella era una de las primeras batidas que se hacían, y miraban alrededor, dentro y debajo de cualquier roca, *bujo* o enebro que se les presentaba en el camino, por pequeños que fuesen. El tío *Santismo* dijo para sus adentros: "Hombre *cargau* de hierro, hombre *cagau* de miedo", al tiempo que no dejaba de percatarse de que guardias y somatenistas buscaban maquis en lugares inverosímiles.

A eso de las diez, el teniente mandó parar a almorzar sin alterar el despliegue, cada hombre en su puesto. Los guardias sacaron sus *raciones de combate*, ya que, al no haber dormido en casas, sino en *teñadas*, no habían podido hacerse *regalar* algo más sustancioso, teniendo que conformarse con la galleta, los cien gramos de *rosbif* que les recordaba la carne de perro y la onza de chocolate a base de algarroba, y miraban con dientes muy largos cómo el tío *Santismo* y los somatenistas hincaban el diente a sus panes con *tajadicas* de conserva y empinaban sus botas mientras ellos bebían el agua caliente de sus cantimploras. Los somatenistas y el tío *Santismo* ofrecieron de su condumio a los guardias, pero el teniente, con su alto espíritu castrense, no les permitió aceptar la invitación.

Cuando acabaron de almorzar, el tío *Santismo* se levantó y con la zurriaga empezó a remover piedras y piedrecitas y a agacharse a mirar debajo de ellas. Cuando hacía unos minutos que hacía esas raras maniobras, el teniente, molesto, lo interpeló:

-¿Qué cojones está haciendo usted?

Sin dejar de remover piedras, el viejo respondió:

-Buscando maquis.

Rápidamente, el sargento se dirigió hacia él con el fusil levantado, en actitud de darle un culatazo.

-Déjalo, Romerales. Tiempo habrá –lo paró el teniente, consciente de que necesitaban al tío *Santismo*.

La operación de cerco transcurrió sin más novedad que la de encontrarse, hacia el mediodía, en la parte de la Peña Rubia, unos trescientos o cuatrocientos guardias y somatenistas sin que hubiesen avistado ni sombra de *bandoleros*.

Se volvieron a los pueblos de que habían partido. Los de Fortanete montaron en los dos camiones que los habían traído y allí se acabó la operación. Mejor dicho, se acabó para ellos, pero no para el tío *Santismo*, porque al día siguiente lo llamaron del cuartel, donde se presentó escamado. El guardia de puerta lo llevó al despacho del comandante de puesto. Éste lo recibió de pie, la camisa arremangada y con una fusta en la mano:

-Bien, bien, bien, tío *Santismo*. Seguro que usted sabe cómo me llaman. ¿No lo sabe? No lo creo, pero, por si acaso, yo se lo digo. Pues me llaman el Cabo de Palos. La verdad es que a veces, pocas, el pueblo es sabio y el caso de mi nombre, digamos, popular es uno de esos, muy raros, en que el pueblo tiene toda la razón. Y para que se convenza, ahora mismo le voy a dar una demostración práctica que no le dejará la menor duda.

* * * *

Los amables lectores, y las amables lectoras, para que no falte nadie, habrán sentido un regusto amargo por el final de esta historia. Pero no deben preocuparse demasiado. El tío *Santismo*, en unos pocos meses, volvió a estar como nuevo y con el mismo humor de siempre. El humor que reflejan los versos que pensó y, por prudencia, no dijo:

Éste es el hombre *idonio*,
mu serio dijo el teniente
cuando tenía *denfrente*
la carabina de Ambrosio.